

cierto modo, un amigo cordial suyo, a pesar de las divergencias de planos que había entonces entre ambos. Yo tenía en aquella época tres novias, Primavera, Inexperiencia y Bohemia, ideales las tres, y de una belleza igualmente inquietadora, tanto, que sus besos valían por todo lo que, más tarde, el mundo me dió en incambiable y estricta moneda de realidad... Y él era ya, con escasas diferencias, lo que siguió siendo después: un abogado distinguido, un orador elocuente y un escritor substancioso. La oposición de nuestras edades, y el antagonismo de nuestros propósitos en la vida, no explicaban a primera vista aquella amistad, o en todo caso mis devociones por el hombre que se acercaba a su fecunda madurez cuando mi juventud apenas se delineaba. Con todo, Eduardo González Manet constituye, para mí, uno de los más agradables recuerdos de mi provincia oriental. ¿Lo confesaré en esta publicación consagrada a temas adustos? Es que en la personalidad de González Manet hay un rincón que pocos conocen, que él mismo oculta sibaríticamente, porque ese aspecto es su talón de Aquiles, su parte débil en la hora de bravear el destino, pero al mismo tiempo su gran fuerza íntima, y su tesoro: es artista, es soñador, es un incorregible enamorado de la belleza humana, bajo todas sus formas. ¿Cómo, pues, al acercarse a él no podía creerse su amigo un muchacho de veinte y tantos años, que llevaba mil aves canoras en el corazón y que medía entonces el valor de los seres por la capacidad de comprensión, por la sensibilidad que demostraban ante las cosas llamadas inútiles, un verso, un paisaje, un Nocturno de Chopin?...

Yo no sé hasta dónde resulte discreto hacer esas confesiones, y me detengo en la pendiente. Tal vez sea mejor que determinados pedagogos, hoy subalternos de González Manet, sigan ignorando, mientras él sea su jefe, que el actual Secretario de Instrucción Pública cultiva de tal modo su jardín interior. Pudiera ocurrir que al saberlo se creyesen autorizados a faltarle al respeto.

Pero su caso, en relación con el periodismo cubano, con el periodismo a secas, es digno de retener nuestra atención, y debe forzarnos a un comentario. González Manet, haciendo remarcar que su triunfo es un triunfo del periodismo, y que aceptaba el puesto conservando íntegra su condición de periodista, empeña, indirectamente, el amor propio del periodismo nacional, vincula, estrechamente, los prestigios de esa profesión a los éxitos gubernamentales del Secretario de Instrucción Pública, y al mismo tiempo, independiente del resultado final

REPERTORIO AMERICANO

SEMANARIO de cultura hispánica.
De Filosofía y Letras, Artes, Ciencias y Educación, Misceláneas y Documentos.

Publicado por

J. GARCIA-MONGE

Apartado 533

SAN JOSÉ, COSTA RICA, C. A.

ECONOMIA DE LA REVISTA

La entrega.....	€ 0.50
El tomo (24 entregas).....	12.00
El tomo (para el exterior)...	\$ 3.50 oroam.
La página mensual de avisos (4 inserciones).....	20.00 >>

En el contrato semestral de avisos se da un 5% de descuento. En el anual, un 10%.

de su obra de gobierno, reafirma, realiza gallardamente esos mismos prestigios de la clase a que él pertenece, la revista de autoridad moral a los ojos del vulgo, propensos siempre a no ver, en los que manejan una pluma, hombres de Estado superiores.

Ese gesto no es quizás el único en la historia política y periodística hispano-americana. No será sin duda el último. Pero el periodismo no goza de tan gran crédito ante la opinión de nuestros países para que nos contentemos con señalarlo a la ligera y pasar en seguida a otros asuntos. Conviene repetirlo y recordarlo hasta que él aparezca en todo su relieve, y alcance su verdadera trascendencia.

Un ciudadano que posee el título de abogado, que ha sido miembro eminente del parlamento, que alcanzó a fuerza de desvelos sonadas victorias intelectuales, que llegó al fin a ministro y que en la hora de paladear tranquilamente este manjar de éxito sus primeras declaraciones son para recordar que ante todo y sobre todo es periodista... Por Dios, esto no se ve todos los días en nuestras tierras, y de esto no se hablará nunca bastante!

Si Eduardo González Manet realiza, como es de suponerse, una sólida obra de gobierno, si logra que en su departamento no se dé cabida al *sibonivismo*, según la gráfica y definitiva expresión cara a José Manuel Cortina, entonces, en un país de América se hará patente esta verdad que ya Europa ha reconocido desde hace tiempo, pero especialmente, aunque parezca paradójico, en la postguerra: que son los letrados los llamados a dar sanas orientaciones, los indicados a establecer en los pueblos el equilibrio moral e intelectual sin el cual la prosperidad material es transitoria e irrisoria.

Nótese que aquí empleamos letrado en su forma adjetival, entendiéndolo por ello, no el hombre de curia o de leyes, sino el hombre de letras, de hu-

manidades, que es docto e instruido, *doctus eruditus*. Letrado, el que no se contentó con un título universitario, sino que se templó luego en la lucha con las ideas, que empuñó un combate cotidiano por construir frases correctas y armoniosas, que meditó y observó pacientemente para transmitir después esas meditaciones y esas observaciones al público. Letrados, los que para escribir, o comentar verbalmente se vieron obligados a hacer lecturas eclécticas, a hojear muchos volúmenes ajenos a su competencia particular, los que anhelaron pulir el espíritu, perfeccionar mente y corazón hasta obtener, en lo posible, esa flexibilidad, esa serenidad de comprensión de una cultura varia y profunda.

¿Qué dá todo eso mejor que el periodismo? Y ahora no me refiero, claro está, al simple periodismo de reportaje, que es una excelente escuela de preparación en otros órdenes (véase, a ese respecto, el prefacio de Emilio Zola en *La Parisiense* de Blavet) y antesala obligada de ese periodismo cultivado últimamente, en *El Mundo*, por Eduardo González Manet, el periodismo crítico, ideológico, donde hay ilustraciones y advertencias luminosas sobre los problemas nacionales, y cuya práctica exige un cúmulo de conocimientos de psicología colectiva, de etnografía, de sociología, de historiografía, etcétera.

Puede darse el caso de que algunos hombres, sometidos a esa prueba en la juventud, no sean más tarde gobernantes ideales, en el sentido material, utilitario, pero no hay duda de que ellos ofrecen siempre a una administración la garantía de su prestigio, de su elegancia, y que comunican a los actos de Estado más insignificantes un brillo, una trascendencia que es imposible, o muy difícil, a los políticos sin letras, aunque posean otros conocimientos. De ahí la dificultad, en ocasiones, de leer informes, mensajes y decretos administrativos, redactados o firmados negligentemente por gobernantes tal vez inteligentes, pero que tienen una vaga idea de la sintaxis, la cual sin embargo aprendieron en el colegio, olvidándola luego o echándosela a perder con el mal hábito de construir a la pata la llana. No representaría un elogio para González Manet sostener, por ejemplo, que él tendrá buen cuidado en no firmar una circular llena de solecismos, plagada de mayúsculas innecesarias, con pleonasmos machacones que complican y deforman el sentido de las disposiciones más simples. Y es que un letrado puede también, a su manera, hacer obra de nacionalidad y buen gobierno no dejando morir la belleza del idioma, no dando cuartel a los idiotismos léxicos, y despertando, con el propio ejemplo